

Premio Nobel de la Paz

Nobel para Gore, bofetada para Bush

La Academia premia a Al Gore y al grupo de científicos reunidos por la ONU por alertar al mundo del cambio climático

El galardón aumenta la presión sobre la Casa Blanca, que mantiene su política de escepticismo sobre el calentamiento

El presidente del panel de 2.500 expertos reclama una "acción urgente" para frenar la emisión de gases de efecto invernadero

RAFAEL MÉNDEZ, Madrid
Huérfano de héroes, el Comité noruego premió ayer con el Nobel de la Paz al ex vicepresidente de Estados Unidos Al Gore y al Panel Intergubernamental de Cambio Climático de la ONU por "sus esfuerzos por construir y extender un mayor conocimiento sobre el cambio climático inducido por el hombre y por sentar las bases de las medidas necesarias para combatir ese cambio". El galardón estaba cantado y aun así no dejó indiferente. La Academia mezcló la popularidad de Gore y el rigor científico del IPCC, un panel con el que colaboran 2.500 científicos y que cada seis años ponen al día la ciencia del cambio climático.

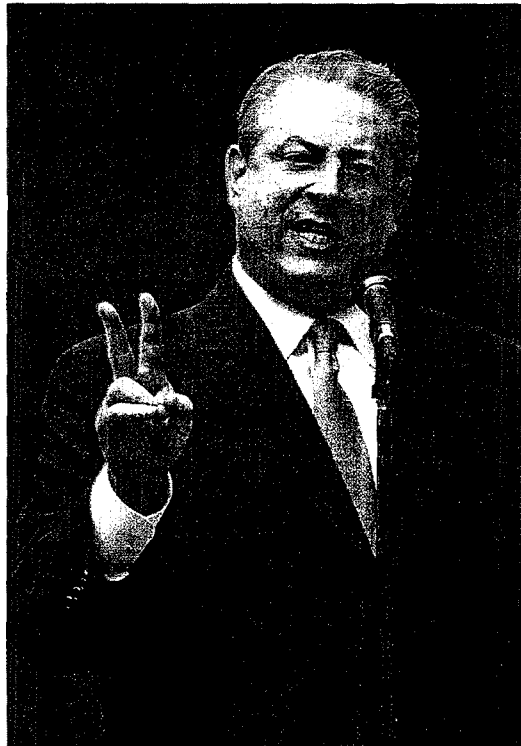
Al Gore, de 59 años, lleva más de 20 alertando sobre el cambio climático. Decían que no conectaba con la gente porque su discurso estaba adelantado. En los 80, sus llamamientos a favor del medio ambiente le valieron el apodo de Mr. Ozón. La ecología comenzaba entonces el camino que Al Gore llevaba años transitando. En 1992 llegó a la vicepresidencia de EE UU y tímidamente comenzó un cambio en la política del mayor contaminante del mundo aunque nunca llegó a ratificar el protocolo de Kioto. Él siempre defendió que acabó su mandato cuando comenzaba el proceso de ratificación y que las elecciones de 2000, que ganó de forma polémica George W. Bush, no sólo le frustraron a él, sino a toda la lucha contra el calentamiento, pero es muy probable que su mensaje no sería tan radical si estuviese en la Casa Blanca.

Bush se instaló en Washington y Gore comenzó la fructífera carrera —en reconocimiento y dinero— para alertar sobre el cambio climático. "Soy un hombre con una misión", declaró a este diario en noviembre de 2006, al estrenar su documental *Una vez más en ósmo*, que ganó dos *oscar*. El tono mecánico que le distanciaba de los votantes le dio credibilidad como profeta del desastre. La película se convirtió en un taquillazo y Gore, como sus predecesores, comenzó a

Cada estadounidense emite el doble de emisiones de CO₂ que un europeo

dar conferencias a precio de oro por el mundo. El Ayuntamiento de Madrid lo invitó en febrero de 2007 y buscó ayuda para pagar la millonada que cobraba Gore. José Manuel Entrecanales, presidente de Acciona, puso el dinero a cambio de hablar tras Gore.

Este beneficio económico ha sido muy criticado, olvidando que otros ex presidentes desde Aznar a Clinton hacen caja con temas más mundanos. Es cierto que el documental de Gore contiene excesos (simula cómo se hundiría Manhattan si toda Groenlandia se fundiera, algo altamente improbable en milenios), pero le ha convertido en a persona que más ha hecho por concienciar del problema, según el



Al Gore, durante una intervención en México este verano. A la derecha, Rajendra Pachauri, presidente del IPCC, tras conocer la concesión del Nobel. / AFP, REU



“Nos enfrentamos a una emergencia planetaria”

YOLANDA MONGE, Washington
El hombre que con sentido del humor bromea sobre su polémica pérdida de la Casa Blanca frente a George Bush en 2000 diciendo "yo solía ser el próximo presidente de EE UU", se definió ayer "profundamente honrado" por el galardón concedido junto al Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático de la ONU (IPCC, siglas en inglés).

Gore comparecía ayer por la tarde ante la prensa en California. "Nos enfrentamos a una emergencia planetaria. La crisis climática no es un asunto político, es un desafío moral y espiritual a toda la humanidad", declaró

el activista frente a los focos, para luego recurrir a un proverbio africano que dibujaba la urgencia de la situación que vive la Tierra: "Si quieres ir deprisa, ve solo. Si quieres llegar lejos, actúa con otros. Hoy necesitamos ir deprisa y lejos". No queda tiempo.

Por eso Gore, a quien le corresponde la mitad del premio, 1,1 millones de euros, comunicaba que donará el dinero a la Alianza para la Protección del Clima, una organización bipartidista sin ánimo de lucro comprometida en la difícil labor de concienciar a la opinión pública mundial de la urgencia de resolver el problema del cambio climático.

El optimismo ecologista despertado por la concesión del Nobel a Gore no escondió algunos claroscuros en las decisiones anteriores del ex vicepresidente de un país que a día de hoy ha firmado pero no ratificado el Protocolo de Kioto. El 25 de julio de 1997 John Kerry y Ted Kennedy, con el voto positivo de otros 93 senadores, aprobaron una resolución que decía que "EE UU no debería firmar el protocolo". Gore preside el Senado como vicepresidente. El resultado: 95 contra cero en contra de Kioto. El protocolo volvía a estar listo para ser firmado en 1998. Clinton pasó *in extremis* la firma del tratado a

días de culminar su presidencia pasar el mando al republicano George Bush que le rogaba a la Casa Blanca por concesión del Tribunal Supremo de EE UU. Gore ha acusado reiteradamente Bush de "lo que él mismo no pudo conseguir", según el ex alica de de Nueva York, el demócrata Ed Koch: incluir a las naciones más contaminantes, las que están en vías de desarrollo.

Este mes, Gore recogerá a Oviedo el Premio Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional 2007 por "su decisiva contribución al progreso en la solución de los graves problemas del cambio climático".

comité que otorga el Nobel. Gore tomó el discurso científico, lo tradujo, le puso imágenes y música y lo llevó a millones de hogares.

Ayer, Gore se mostró "profundamente honrado" por el Nobel. El premio está dotado con 1,1 millones de euros. Gore donará su mitad a la Alianza para la Protección del Clima.

El galardón fue saludado por los ecologistas de todo el mundo y por líderes como la canciller alemana Angela Merkel, que destacó: "Gore ha contribuido como nadie a despertar la conciencia mundial para luchar contra el cambio climático". En parecidos términos se expresaron el secretario general de la ONU, Ban Ki-moon, el presi-

dente de la Comisión Europea, José Manuel Durão Barroso, o el presidente francés, Nicolas Sarkozy.

La respuesta más esperada, la de George Bush, fue mucho más fría. A través de su portavoz, se declaró "feliz por el premio" aunque negó que vaya a cambiar su política: duda de que el calentamiento se deba a la acción humana y se niega a firmar una obligación de reducción de emisiones. Aunque EE UU ha rebajado sus emisiones de gases de efecto invernadero, cada estadounidense emite el doble de CO₂ que un europeo.

El Nobel supone un espaldarazo para Gore, pero también una bofetada para Bush.

La Administración de Bush ha

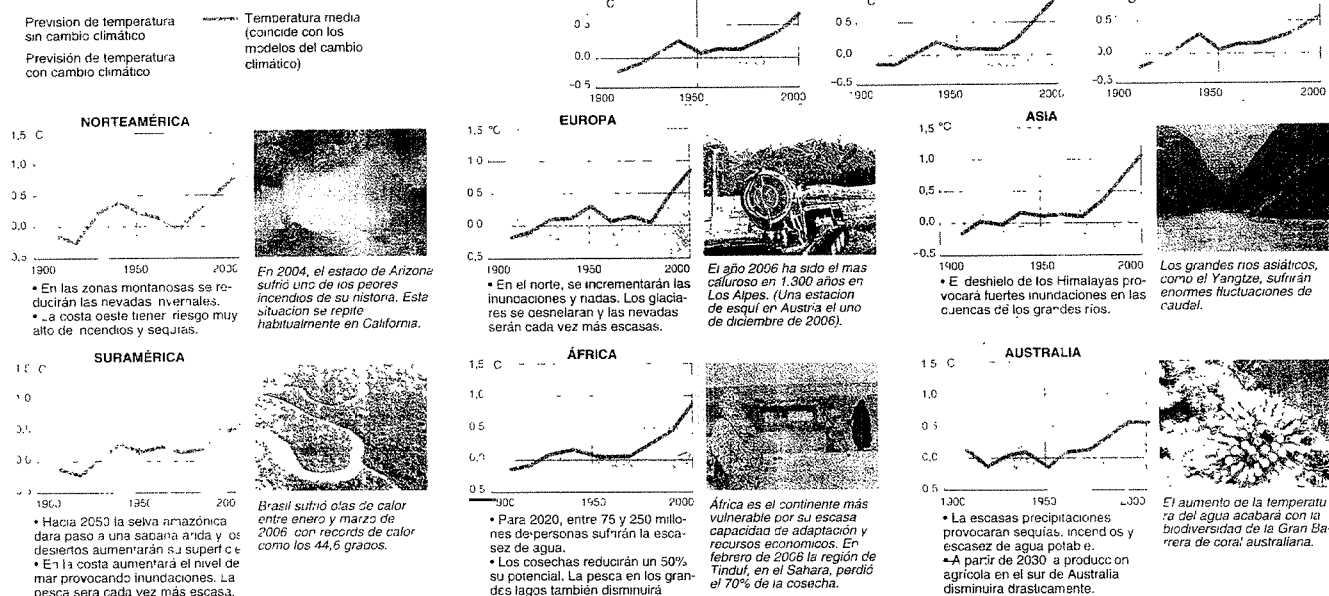
comenzado tímidamente a reconocer que el calentamiento es real y que está causado por el hombre, pero ayer el portavoz de Bush insistió en que es "difícil poner en marcha una estrategia efectiva y práctica para frenar el cambio climático, sin perjudicar el crecimiento económico de los países que necesitan salir de la pobreza". El discurso no puede ser más alejado del de Gore. Si Gore pone la cata y la política en el premio, la seriedad y el rigor la aportan el IPCC. El grupo, organizado por la ONU en 1988, reúne periódicamente la ciencia del calentamiento. En sus cuatro grandes informes, el más reciente en enero pasado, ha ido aumentando progresivamente la certeza de que el ca-

lentamiento es real. En el último colaboraron 2.500 científicos más de 130 países. Concluye: "calentamiento es inequívoco que con más de 90% de probabilidad se puede atribuir al hombre. Aunque muchos ecologistas insisten en aguar a la gravedad del problema y algunos científicos le dan todo lo contrario, el IPCC pone el consenso científico a favor".

No es ni el estudio más arduo ni el más radical, pero tiene la autoridad para acudir a la opinión pública. Su presidente, el Real Academia de Ciencias de Suecia, se declaró "asombrado" por el Nobel y dijo "mayor urgencia en la solución al calentamiento".

Premio Nobel de la Paz

Las consecuencias reales del cambio climático



Fuente: Cuadro Informes del Panel Intergubernamental de Cambio Climático (IPCC)

EL PAÍS

“El calentamiento de la Tierra es inequívoco y es muy probable que las emisiones de gases de efecto invernadero sean las responsables. El calentamiento continuará, incluso si mantenemos las emisiones en el nivel actual. (...) Los impactos del cambio climático sobre los sistemas naturales o socioeconómicos serán numerosos. (...) Las emisiones podrían reducirse por debajo de los niveles actuales, y el coste medio de hacerlo sería una pequeña fracción del PIB”.

Estos son algunos de los principales mensajes que contiene el IV Informe de Evaluación del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático, más conocido por sus siglas en inglés como IPCC. Muchos pensaron que éste no deja de ser uno más entre muchos informes, y que lo que dice un informe se rebate con otro. Pues bien, aquí llega la Fundación Nobel diciendo que el IPCC no es cualquier grupo científico y sus informes tampoco. “Por qué? Pues porque el IPCC tiene normas precisas en cuanto al rigor, transparencia y consenso científico para la redacción de sus documentos. Esto no debe sorprendernos pues era necesario que los gobiernos del mundo y los ciudadanos contásemos con el mejor asesoramiento científico posible para hacer frente a un problema de dimensión planetaria, tan complejo, con intereses encontrados y con repercusiones globales y duraderas.

Sin el rigor científico de sus informes y el liderazgo en materia de cambio climático, los intereses de las fuerzas en liza hubiesen hecho imposible la toma de decisión alguna. Este reconocimiento que ahora llega en forma de Premio Nobel de la Paz confirma que la información que el IPCC ha venido trayendo es basada en la ciencia y el momento contaba con el más sólido respaldo científico y la unánime aprobación de todos los gobiernos, y que era, por ello, la mejor que se podía hacer: llegar a todos. Nada más, y nada menos.

Para valorar la importancia de lo que digo, es importante que los ciudadanos sepamos que los científicos del IPCC son elegidos *ad personam*, y no representan a ningún gobierno ni grupo; se representan a sí mismos, a sus conocimientos y convicciones. Los informes se elaboran con total independencia.

Por el rigor y la transparencia

JOSÉ MANUEL MORENO RODRÍGUEZ

Nada queda recogido en los textos si no está respaldado por una publicación científica. Los juicios de valor: no están permitidos, como tampoco lo está prescribir qué es lo que hay que hacer, pues eso corresponde a los gobiernos.

Cada informe, antes de ver la luz, se somete a varias rondas de revisión: por otros científicos y también por los gobiernos quienes, a su vez, pueden asesorarse por todos aquellos expertos que estimen oportuno para criticar, enmendar o refutar lo que se escribe. Si un trabajo científico antes de ver la luz se revisa por dos o tres expertos, un capítulo del IPCC es revisado por decenas. Los textos principales son refundidos en dos resúmenes, uno técnico y otro para los responsables políticos. Este último,

que contiene las principales conclusiones del trabajo, se somete a la aprobación de los gobiernos frase a frase. Todas esas frases y han de aprobarse por unanimidad.

El resultado de este procedimiento tan estricto probablemente es el mínimo común denominador de lo que la ciencia puede inequívocamente decir en cada momento, sin que sea refutable. No obstante, ese mínimo común denominador es el documento más precioso que podemos tener para guiar la gobernanza del planeta. Este es el valor del IPCC: haber puesto en marcha un mecanismo intachable para resumir el conocimiento científico del momento en un formato que pueda ser aprobado por todos. Si no tuviésemos este procedimiento, habría que inventarlo.

Establecidas las conclusiones del IPCC, es el momento de mirar hacia el futuro y actuar sin dilación. Probado está por el IV Informe que el cambio climático ha ocurrido y se debe a la contaminación producida por el hombre; que lo ocurrido ya ha tenido consecuencias sobre los sistemas físicos y biológicos del planeta; que va a continuar durante décadas o quizás siglos, tanto más cuanto mayores sean las emisiones de gases de efecto invernadero; que tendrá consecuencias tanto peores cuanto mayor sea el calentamiento, y que de no actuar pasaremos el umbral de lo que se ha venido en llamar interferencia peligrosa sobre el clima. Puesto que está claro que el cambio climático es ya una realidad, el tiempo de la discusión se ha acaba-

do. Seguro que en el futuro sabremos más, pero lo que sabemos hoy es más que suficiente para actuar. Ha llegado la hora de oír la melodía de la reducción de las emisiones y de que todos la sepamos tararear. Mientras las detenemos, ha llegado la hora también de diseñar planes de adaptación para lo que prevenimos que va a ocurrir. Los gobiernos tienen en su mesa las bases para poder actuar. Los ciudadanos tienen adonde acudir para reclamar a sus gobiernos que actúen. Gracias a la Fundación Nobel por saber apreciar que, con sus informes, el IPCC ha contribuido a evitar una guerra, no convencional, pero no por ello menos desastrosa para muchos y para el planeta entero. Con su premio, la paloma de la paz del conflicto del hombre contra la Tierra ha comenzado a volar.

José Manuel Moreno Rodríguez es catedrático de Ecología y coordinador de un capítulo del Grupo II del IPCC.

Salvar el clima para evitar la guerra

ALICIA RIVERA. Madrid
 Dos elementos han puesto encima de la mesa, o del planeta, el problema del cambio climático: uno ha sido el calentamiento mismo, el aumento ya registrado de las temperaturas, la ligera subida del nivel de mar o la pérdida de hielo. El otro es la comunidad científica internacional que ha sido capaz de ver el problema del cambio climático inducido por las actividades de la especie humana, explicarlo, advertir acerca de los riesgos e incluso adelantar cómo va a evolucionar. El segundo elemento se suma en el premio IPCC.

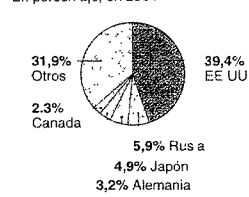
Desde su primer informe de evaluación, en 1990, el IPCC ha recogido el enorme progreso científico en nuestra comprensión de los procesos climáticos y su representación en los modelos del clima, una extensa exploración de los rangos de incertidumbre y una gran cantidad de nuevos y más completos datos”, dijo ayer a EL PAÍS, desde el Reino Unido,

Chris Hewitt, uno de los líderes científicos del Centro Hadley. La temperatura media de la Tierra ha aumentado 0,74 grados centígrados en los últimos cien años, el nivel del mar ha subido 1,8 milímetros al año desde 1961 a 2003 y ha habido cambios regionales en las precipitaciones. Estos son algunos de los indicadores del cambio climático registrado, recordó Hewitt.

En los últimos 20 años se ha invertido mucho esfuerzo en conocer el sistema climático terrestre y vigilarlo. El resultado es la solidez que ha adquirido el conocimiento de los científicos, que ha barrido prácticamente las dudas y escepticismos que hace una década se manifestaban ramificando —o negando— que el calentamiento fuera un problema. Algunas de aquellas posturas eran honestas dudas científicas, otras respondían a los intereses de sectores que se consideraban perjudicados por las medidas energéticas que pudieran tomar-

Producción de CO2

En porcentaje, en 2004



Fuente: IPCC EL PAÍS

se para controlar las emisiones de gases de efecto invernadero. Pero también el paso del tiempo era necesario para comprobar el calentamiento, porque el clima, a diferencia de la meteorología, necesita años para manifestar sus cambios al margen de la variabilidad natural.

Las grandes dudas se han disipado y los científicos cuantifican cada vez mejor las incertidumbres de sus resultados debidas a procesos climáticos complejos. En cuanto a las incógnitas más notables, como los grados que subirá la temperatura este siglo, no dependen de la ciencia, sino de las decisiones de la sociedad acerca de si contener o no sus emisiones.

La ciencia del clima, y el IPCC, tiene mucho trabajo por delante. “Se seguirán mejorando los modelos climáticos para reducir más aún las incertidumbres, y se incrementará el detalle territorial de las simulaciones, al contar con ordenadores más potentes”, comenta Manuel de Castro, catedrático de la Universidad de Castilla-La Mancha. “También se avanzará en la cuantificación de las repercusiones socioeconómicas y medioambientales que se derivarían de las posibles estrategias para reducir el uso de combustibles fósiles que pueden adoptarse en el futuro”.

Martin Taylor, vicepresidente de la Royal Society británica comentaba ayer acerca del Nobel: “Ya hay pruebas de que el cambio climático está teniendo un impacto sobre el acceso a la alimentación adecuada y al agua potable en algunas partes del mundo, aumentando potencialmente el riesgo de conflictos entre pueblos y naciones. Por ello es perfectamente adecuado que el Nobel de la Paz haya destacado los esfuerzos del IPCC y de Al Gore para comunicar esos problemas y así incentivar los esfuerzos para evitar los peores efectos del cambio climático”.

Premio Nobel de la Paz

¿Un pacifista en la Casa Blanca? Poco probable

La concesión del Nobel rescita el debate sobre el futuro político de Al Gore

ANTONIO CAÑO, Washington
La concesión del premio Nobel de la Paz a Al Gore devuelve al ex vicepresidente norteamericano al primer plano de actualidad en Estados Unidos y rescita el debate sobre su futuro político. Pero eso no significa automáticamente que sus posibilidades de ser presidente de ser candidato siquiera sean hoy mayores que ayer.

El Nobel confirma algunas cosas sobre Gore que ya se sabían. Confirma que es un personaje muy popular y respetado fuera de Estados Unidos. Confirma que su decisión de reintegrarse a la actividad pública, después de su derrota electoral en 2000, convertido en un agitador contra el cambio climático fue correcta. Y confirma también que, gracias a esa dedicación, Gore es una buena bala en la recámara para los demócratas.

Pero hay otras cosas que el Nobel no cambiará. Como, por ejemplo, el rechazo que Gore despierta entre las personas que creen que su entusiasmo por el fenómeno ecológico es un mero ejercicio de oportunismo, respaldado por el hecho de que no se conocen grandes revoluciones en esa materia durante sus años en la vicepresidencia. El Nobel tampoco cambiará la oposición que Gore encuentra entre el sector centrista del Partido Demócrata, que lo critica por haberse situado demasiado a la izquierda.

Hay otras cosas en las que, paradójicamente, el Nobel puede incluso perjudicar a Gore. Un Nobel de la paz convierte al ecologista Gore también en un pacifista. Y, por muy raro que sea el rechazo a la política de puño de hierro de George Bush, no es fácil imaginar a un pacifista en la Casa Blanca.

Es difícil imaginar a un pacifista en la Casa Blanca porque, por muy distintos que sean los tiempos que lleguen después de Bush, un presidente de EE UU está continuamente presionado para usar la fuerza, por las buenas o las malas razones, según quien lo juzgue.

Todos los antecesores recientes de Bush lo hicieron. Durante el periodo del propio Gore como vicepresidente de Bill Clinton, Estados Unidos realizó bombardeos preventivos en Sudán, Irak y Afganistán, y tropas norteamer-



SC/ANMARELLA

Es difícil imaginar a un pacifista de presidente porque siempre estará presionado para usar la fuerza

canas fueron desplegadas en acciones de combate en los Balcanes, Somalia o Haití.

Esa misma presión para usar la fuerza se dejará sentir, sin duda, sobre el próximo presidente, ya sea para continuar en Irak —a

Paradójicamente, el galardón puede incluso perjudicar la eventual candidatura de Gore

lo que Gore se oponga o para intervenir en Darfur, por mencionar un conflicto más sensible para los posibles votantes del flamante Nobel.

Todo este debate, no obstante, es todavía muy prematuro porque

Gore no es candidato a la presidencia ni tiene, si se crean sus declaraciones más recientes, intenciones de serlo. Ayer mismo, un día después de que un grupo de seguidores publicase una página publicitaria en el diario *The New York Times*, pidiendo su candidatura, un portavoz del ex vicepresidente repitió que no tiene el propósito de competir por ningún cargo público.

Siempre hay tiempo para corregir esas palabras, pero lo cierto es que, a ritmo al que avanza esta campaña electoral, cada día que pase se hace más improbable que Gore corra el riesgo de lanzarse a una batalla incierta y dura.

Por un lado, los demócratas tienen en la arena ya suficientes candidatos de garantía. Hillary Clinton y otros le dan al partido posibilidades de éxito más que

suficientes y desde posiciones más centradas, es decir, con más opciones para arrancar votos republicanos.

Pero además de eso, una campaña electoral en EE UU comporta la construcción de una compleja red de influencias y de cuantas corrientes de punta a punta del país que no se improvisa de un día para otro. Al Gore, por mucha que sea su popularidad y cuantiosos sus medios para obtener dinero, es uno de los conferenciantes mejor pagados del mundo, no.

Así pues, más que auparlo Gore, lo que este Nobel parece ser un mensaje a Bush sobre lo que esa institución, proclamándose portavoz mundial, quisiera oír desde la Casa Blanca en una materia de semejante trascendencia mundial.

Un desafío ético

CRISTINA NARBONA

en esta materia. Y es que la violencia contra la naturaleza se traduce, antes o después, en violencia contra los seres humanos, afectando en particular, a los más desfavorecidos. La lucha contra el cambio climático resulta imprescindible en la batalla por la paz a escala planetaria. El propio Pentágono lo ha definido ya como la principal amenaza contra la seguridad mundial. Por

eso, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas celebró este año una reunión monográfica sobre este tema.

A la misma convicción responde la reciente convocatoria del secretario general de la ONU, dirigida a impulsar una respuesta política al más alto nivel y mucho más decidida en la lucha mundial contra el cambio climático.

Considero que la concesión del Nobel de la Paz a Al Gore va a reforzar también aquí, en España, la necesaria concienciación sobre el alcance del cambio climático. También espero que suponga un eficaz toque de atención para quienes considerarán esta cuestión como una moda o una alarma injustificada, en lugar de entenderla como un desafío ético y un formidable incentivo para un desarrollo más inteligente, más saludable y más duradero.

Cristina Narbona es ministra de Medio Ambiente

Una verdad de cine

JAVIER OCANA

Aunque el director de *Una verdad incómoda* responda al nombre de Davis Guggenheim, el verdadero guía espiritual de la película siempre fue Al Gore, el primer ex vicepresidente de Estados Unidos que se paseó por la alfombra roja de los Oscar con la esperanza de alcanzar algún premio. Se llevó los dos a los que optaba (el de mejor documental, y el de mejor canción original, por *I need to wake up*, de Melissa Etheridge), aunque quizá lo más importante de aquella tarde-noche fue tener la oportunidad de avanzar por el pasillo, subir las escaleras, agarrar el micrófono y lanzar una vez más su mensaje de alarma ante los efectos del calentamiento global del planeta, esta vez ante millones de televidentes.

Durante todo el año 2006 y parte de 2007, *Una verdad incómoda* alertó a la humanidad desde las pantallas de los cines acerca de la necesidad de despertar a la que alude el título de la canción galardonada. Un llamamiento para la gran revolución que fue financiada con un presupuesto de menos de 247.000 euros, y que ha sido capaz de recaudar unos 29 millones de euros en todo el mundo (16 en EE UU). Todo ello teniendo en cuenta que, más que una película, más que un documental, el producto se acerca peligrosamente a la filmación de una conferencia científica. Sin embargo, más allá de las posibles carencias de *Una verdad incómoda* como documento fílmico, lo importante era llamar la atención, que el público acudiese a las salas (si no en masa, al menos lo suficiente como para que se hablase de la película) y que la bola siguiera rodando mientras medios de comunicación, dirigentes políticos y gente de a pie comentaban, y quizá se concienciaban, acerca del tema.

La cinta se exhibió por vez primera el 24 de enero de 2006 en el Festival de Sundance y tras pasar por certámenes y estrenos comerciales en 39 países (de Islandia a Australia, pasando por Egipto y Argentina), aquí andamos todavía, comentando la jugada porque acaban de concederle el premio Nobel de la Paz por su tacha contra el cambio climático. Y precisamente ahí donde radica la verdadera importancia de una película que convierte en virtud su defectuosa fórmula narrativa. Porque nada hay más alejado del cine que ver a un tipo largando una teoría tras otra durante una conferencia ante un pequeño auditorio. Y en eso consiste básicamente *Una verdad incómoda*. Sin embargo, el impacto de las imágenes que acompañan a la ponencia, la cercanía de la problemática, la cadencia de la realización y hasta el subtítulo del humor de Gore, convertido en magnífico profesor universitario con ademanes de vendedor de fama, le llevan hasta e territorio de lo, en principio, incontrovertible.

En una sintomática imagen de archivo de la película, se ve a George Bush padre, en su época de presidente del Gobierno de EE UU, hacer la siguiente declaración sobre alguien que podría ser Gore: "Sus radicales ideas en torno a ciertos temas nos llevarán al abismo. Tendríamos un país lleno de búhos, pero cargado de gente sin trabajo". Hoy, ese radical ha sido nombrado premio Nobel de la Paz. Y hace poco sostuvo entre sus manos un par de Oscar

No es la primera vez que el Nobel de la Paz recae sobre personas comprometidas con el medioambiente, recordamos a Wangari Maathai, la destacada líder africana que tanto esfuerzo dedica a frenar el avance del desierto, al tiempo que ofrece un trabajo digno a las mujeres que aprenden a plantar y a mantener nuevos bosques.

Este año, se premia a Al Gore por su notable tarea de divulgación sobre el cambio climático, así como al presidente del Panel Intergubernamental de Cambio Climático (IPCC) de Naciones Unidas, por el avance científico